

LAS FINALIDADES ELECTIVAS EN NUESTRA HISTORIA

BOLIVAR Y SUCRE

Doctor ALBERTO MIRAMON



Consideranse con razón las relaciones del Libertador Bolívar con el Mariscal de Ayacucho, como una de las amistades ejemplares de la historia americana. Ligados por los más francos lazos del afecto, la lealtad y el entendimiento más cordial, aparecen en la imaginación evocadora de estos dos seres excepcionales y fascinadores, retrotrayendo la imagen homérica de Aquiles y Patroclo, pues no otra asalta continuamente al investigador o al curioso al leer la nutridísima correspondencia del caraqueño y el cumánés, esos papeles presurosos y apasionantes como los hombres que lo escribieron en el fragor de los combates.

Más, a error se llamaría quien crea que carecieron estas dos sonadas relaciones de tropiezos y amagos tormentosos. Ya en su iniciación pareció inminente el choque y descontada la ruptura si, la genial ductilidad diplomática de Sucre, no hubiera convertido el lance en favorable coyuntura.

De este episodio singularísimo O' Leary ha dejado un vívido relato en sus "Memorias": "Aconteció que bajando el Libertador el Orinoco después de la Batalla de Boyacá, encontró una flechera que remontaba el río. Al ponerse al habla las dos embarcaciones, preguntó Bolívar:

—¿Quién va en esa flechera?

—El General Sucre, le contestaron.

—No hay tal general, - replicó en tono enojado, y ordenó que atracaran a tierra ambas flecheras.

"Entonces Sucre le explicó que aunque había sido nombrado general, por que tal vez sus servicios lo merecían, nunca había pensado aceptar el grado sin el beneplácito del general Bolívar. Comprendió éste al punto el reproche, presentó sus excusas y desde entonces fueron amigos los dos hombres que más contribuyeron a dar libertad a la América del Sur".

Bolívar fue para Sucre el arquetipo; lo consideraba con razón la espada de la revolución de la Independencia y supo ceñirse como nadie a sus dictados geniales. En campaña consultaba al Libertador como a un oráculo de la guerra.

En la vida ciudadana de las nacionalidades incipientes supo, no obstante su afecto por el Padre de la Patria, mantener los puntos de vista de su conciencia republicana, tal cuando discrepa con él a propósito de la Presidencia vitalicia, canon de la Constitución boliviana.

Cuando el desmedido afecto de los pueblos y el mezquino interés de algunos hombres que rodeaban a Bolívar inspiraron la aventura del Imperio de los Andes, Sucre a quien con razón consideraban muchos el sucesor y heredero, alzó él primero su voz para se-

ñalar los peligros y mostrar las consecuencias que acarrearían semejante medida contraria a la índole de la revolución. Si bien el Mariscal de Ayacucho creía que las naciones americanas no estaban maduras todavía para la vida democrática, consideraba con irrevocable fe que la separación de España habíase hecho para que los pueblos fueran los rectores de sus propios destinos.

Por su pureza ideológica "el más digno de los generales de Colombia" fue también un gran civilista, un hombre que creía en la ley y la respetaba.

En mayo de 1830 se vieron en Bogotá por última vez. La Gran Colombia se desmoronaba como un coloso que de pronto hubiese perdido la subsistencia.

Aquella realidad circundante - como dice Rodó - que habían manejado a su arbitrio mientras duró su taumaturgia heroica plegándola, como blanda cera, al menor de sus designios; sintiéndola encorvarse, para que ellos, -los héroes- se encaramaran a dominar como sobre el lomo de un caballo de guerra, se vuelve ahora rebelde y desconocedora de su voz, desde el preciso momento en que la epopeya toca a su término.

Bolívar rescindió el mando y partió para la costa dispuesto a ausentarse para siempre del país. Sucre quiso intentar un postrer esfuerzo por mantener unido el Ecuador a la Gran Colombia y se encaminó a Quito creyendo poder convencer a Flores de que refrenara sus apetitos..... La muerte

no tardaría en cerrarle el paso en la soledad de la montaña de Berruecos.

Llegado a la costa, el Libertador habíase instalado en un bohío al pie de de la Popa, en Cartagena; allí permanecía "triste, meditabundo, casi solo, huyendo del bullicio", aguardando el momento de emprender su viaje a Europa....

El primero de julio, a filo de las 9 de la noche, dos carruajes se detuvieron a la puerta de la morada del Padre de la Patria. Algunos notables descendieron de ellos, el general Montilla, el señor De Francisco, el señor Amador.

Al verlos aparecer en su presencia, Bolívar les preguntó sobresaltado:

—;“Qué novedad hay”?

—“General -contesta Montilla- El gran Mariscal de Ayacucho ha sido alevosamente asesinado en la montaña de Berruecos.

—;Han sacrificado al Abel de Colombia! - exclamó Bolívar cayendo anonadado en un abatimiento de ánimo terrible.

Una vez que se hubo informado de los pormenores del atentado, suplicó a sus amigos que lo dejaran solo.

“Pasó la noche insomne, paseándose en el patio de la casa y amaneció febricitante”.

....Los fieles servidores lo vieron esa vez más pálido que de costumbre, más ardientes los ojos aguilinos, hablando a solas como sonámbulo. Y la sonrisa dejó de florecer desde ese día en sus labios marchitos prematuramente.